



LA AURORA.

DE algo mas que de atrevida puede calificarse la idea de escribir un periódico en una época en que cada mesa de café es un tribunal de crítica, cada cabeza un tesoro de ciencia, y en que Calderon, Lope y Cervantes no son ya hombres ó autores ilustres, sino nombres vagos que andan en boca de todos, sirviendo de escudo á la necedad de unos, y de cita á la locuacidad de otros: así, pues, conociendo el escabroso terreno que hemos de pisar, y decididos á salvar cuantos escollos puedan presentarse en nuestra carrera, aparecemos al público con el pecho lleno de esperanza, á fuer de jóvenes deseosos de gloria, sin pretensiones de ninguna especie,

Entrega 1.^a

sin mas norte que nuestra inspiracion, y deseando solo despertar el estímulo en la juventud sevillana, que yace dormida, aunque tal vez pudiéramos decir muerta.

No es nuestro objeto rejenerar la sociedad moderna, ni purgarla de sus vicios con nuestros discursos, porque nos consideramos con pocas fuerzas para intentar tamaña empresa, y porque la sociedad se rejenera á sí misma sin necesidad de apóstoles, que con mas ó menos acierto la prediquen continuamente; y nosotros comparamos esa multitud de artículos reformadores, que el furor periodístico nos regala cada dia, con otras tantas gotas ya de hiel, ya de dulzura, derramadas en el océano. Sin embargo, convencidos plenamente de que la moralidad y la relijion son el alma de las letras, y que sin ellas nada puede parecer hermoso á nuestros ojos, porque la primera está escrita en el corazon de todos los hombres, y la segunda tambien está escrita en el corazon de todos los españoles; nada, pues, aparecerá en nuestro periódico que esté en desacuerdo con estos dos principios, que son como dos blancas flores que jamas aja el Aquilon, y que siempre las hallamos fragantes en el camino de la vida.

La historia de nuestra España tan rica en acontecimientos grandiosos, ocupará uno de los primeros lugares en las columnas de nuestro periódico: y ya que hoy dia solo han que mirar los ojos desventuras, la memoria de nuestros héroes y de sus gloriosas hazañas, el recuerdo de nuestra grandeza, y el envanecimiento de nuestros triunfos ha-

lagarán el alma fatigada, ofreciéndole en grato solaz el sueño de una realidad que pasó. Nosotros suspiraremos de amargura con la infeliz cautiva bajo las bóvedas del gótico castillo; nosotros seguiremos en los campos de batalla y en los lances de amor al Cid, á Bernardo, á Gonzalo de Córdoba, y á otros mil héroes, que aun viven en boca del pueblo; nosotros asistiremos á las fiestas de Boabdil en la arabesca Alhambra como Daniel al convite de Baltasar para predecirle su ruina; nosotros surcaremos los desconocidos mares, y al través de las olas llegaremos con Colon á las costas de América; y nosotros, en fin, sostendremos con fuerte brazo el pendon de Castilla entre todos los pueblos y entre todas las gentes con los nombres de Fernando é Isabel, Carlos quinto y Felipe segundo.

Nacidos bajo el hermoso cielo de Andalucía; criados en sus verjeles, y con almas capaces de sentir y admirar los encantos que nos brinda pródiga la naturaleza en este ameno pais, donde parece que las Musas tienen su encantado palacio, nuestra voz será á veces la voz de la poesia, y en nuestras débiles canciones si bien no encontrarán rasgos de genio, ni gigantescas concepciones, al menos hallarán lo que hemos sentido, lo que hemos observado y lo que hemos aprendido.

Siempre defensores de nuestra patria, de nuestra religion, y de nuestras costumbres, donde quiera que las veamos ultrajadas levantaremos un enérgico grito de indignacion, y defenderemos cual cumple á buenos ciudadanos el acrisolado honor de nuestra venerada España, de esta nacion que

cual la Roma de los tiempos antiguos subyugó el universo entero, y encadenó reyes á su carro de victorias.

Concluiremos este ligero artículo manifestando á nuestros lectores, que ni directa, ni indirectamente nos rozaremos jamas con la política, cuyo terreno es demasiado árido y escabroso, y ofrece pocos encantos á la imaginacion, que es el móvil y la guia de nuestra alma.

J. NUÑEZ DE PRADO.



SONETO.

Cándida flor de la esperanza mia,
Bella, gentil, y tierna y amorosa,
Y mas pura, dulcisima y hermosa
Que el oro y ámbar en que se arde el dia.

Hoy que henchida mi alma de alegría
El cielo toca en su ilusion gozosa
A la luz de tus ojos voluptuosa,
Númen de mi arrogante fantasía.

Recuerdo del amor que en si atesora
Te consagra mi pecho enamorado,
Eterno cual la fé con que te adora.

Guárdalo, tú, en tu seno regalado,
Y sabe, al contemplar esos cabellos,
Que junto va mi corazon con ellos.

J. NUÑEZ DE PRADO.

DESPEDIDA.

Aun viven en mi ardiente fantasía
Tantas horas divinas de ilusión
Cuando de tí me alejo, vida mía,
Partida el alma, roto el corazón.

Y esas sombras radiantes de ventura,
Que mitigando mi dolor están,
Son reflejos no mas de tu hermosura,
Que al perderte tambien se perderán.

¡Ah! pasará la voz de tus amores,
Eco de gloria, y de placer sin fin,
Como se apaga blando entre las flores
El suspiro del aura en el jardín.

De tus ojos la luz, que hubo su imperio
En días de ilusión cerca de mí,
Será sol que alumbrando otro hemisferio
Luto y tinieblas dejará tras sí.

Y en la orilla del Betis caudaloso,
¡Ay! suspirando mi encantado bien,
Jamás encontraré paz ni reposo
En el alegre y aromado Eden.

En vano con sus nitidos colores
Reirá el alba ceñida de arrebol;
En vano el prado brindaráme flores
Y lumbre pura en el oriente el sol.

En vano ornadas de elegantes trages
Veré hermosas de rostro seductor,
Al traves de los cándidos encages
En vivo fuego destellando amor.

Coronada de nardos y de rosas
La frente de purísimo marfil,
Sueltas las trenzas á la espalda airoosas,
Ondeadas del céfiro gentil.

Sus bellos ojos del azul del cielo,
El alabastro terso de su tez,
Los encantos que oculta el blanco velo
De inocencia y de dulce candidez;

Nada valdrán para tu tierno amante,
Que solo encuentra el paraíso en tí;
Pasarán como sombras de un instante
Sin sus dardos de amor clavar en mí.

Que eres tú, vida mía, mas hermosa
Que la mas bella y divinal muger;
El día te dió luz, matiz la rosa,
Un ángel gracia, el mismo Dios su ser.

Jamás, jamás del corazón ardiente
Se apartará tu imagen celestial;
El será para tí tranquila fuente
Que mece blanco cisne en su cristal.

Y, tú, mas dulce siempre al alma mía
Que de escogida mirra el suave olor,
Mas que el respiro que Favonio envía
Preso en el cáliz de aromosa flor.

.....
.....
.....
.....

¡Adios, sol de mi gloria! ya volaron
Las dulces horas de amoroso afán;
Mas ay! no llores, no, que si pasaron
Otras mas llenas de placer vendrán.

No llores por piedad, virgen querida;
Tu dolor, ay! aumenta mi dolor;
Que no vale una lágrima mi vida
De las que tú derramas por mi amor.

No quedas sola, no, en tu desconsuelo,
No sueños de placer te faltarán;
Los ángeles por mí vendrán del cielo,
Y ellos de mis amores te hablarán.

Oirás mi voz en el callado viento
Que juegue en tus cabellos seductor,
En la luna leerás mi pensamiento,
Y algun ensueño sombreará mi amor.

Y huirán, hermosa mia, tus enojos
Al brillo de esa cándida ilusion;
¡Ah! no importa que nada hallen los ojos
Si lo vé claramente el corazon.

Yo adormecido entre ilusiones de oro
Lleno el pecho de amor y de inquietud
Te mandaré mi Elvira, un «yo te adoro»
Al armónico son de mi laud.

¡Adios sol de mi gloria! ya volaron
Las dulces horas de amoroso afan;
Mas las flores que al cierzo se agostaron
Al soplo de las brisas nacerán.

10 de noviembre 1843.

J. Nuñez de Prado.

EPÍGRAMAS.

Hablando de los romanos
un hombre muy animal,
decía: «soy liberal,
y lo pruebo con las manos.»
—Es usted un Bruto perfecto,
dijo un sabio á la sazón,
y él respondió circunspecto;
«lleva usted mucha razón.»

Joaquín Pineda.

Por yo no sé que cuestion,
Pepe, que á la paz se inclina,
tuvo un duelo con Simón,
colegial de medicina.

Pepe murió en la pendencia,
mas antes con grito vano,
«ay! exclamó, muy temprano
ejercita usted su ciencia.

E. V. Moreno.

À LA CATEDRAL DE SEVILLA.

+
Alza, imaginacion, sublime vuelo:
La Bética recorre, España, Europa:
En los grandiosos monumentos topa,
Que al UNJIDO erigió gótico celo.

Trepa los minaretes, con que al suelo
Patrio y galo oprimió la *maura* tropa:
Los *bizancios* crocheles, cuya copa,
Atrevidos, esconden en el cielo.

Oye de bronce y ébano el acento,
Que hasta el EMPÍREO TRONO se levanta,
En los arcos vibrando y en el viento.

Y luego, dime, si grandeza tanta,
En torre y catedral y órgano brilla,
Como en los que subliman á Sevilla.

J. L. Jimenez.

UN DUELO A MUERTE.

+
En un circo dos bravos campeones,
Que á pintar su valor voces no alcanzan,
Se ven, se encrespan, brincan, se afianzan
De aquí, de allí, mas fieros que leones.

Se separan, sacuden los alones,
Jiran, vuelven, de nuevo se abalanzan,
Rabiosos picotazos mil se lanzan,
Clávanse los punzantes espolones.

Hiéndense el craneo, saltánse los ojos,
Rásganse la pechuga con fiereza,
Tiñen la pluma en borbotones rojos.

Inclina, al fin, el uno la cabeza:
El otro vacilante, cuasi yerto,
Sube en él, canta el triunfo, cae muerto.

J. L. Jimenez.

CRÍTICA LITERARIA.

Con el mayor placer hemos leído los primeros cantos de un poema intitulado **La Aragonesa**, que está escribiendo nuestro apreciable amigo y colaborador Don Juan Nepomuceno Justiniano. Muy digno nos parece de la trompa épica el asunto que ha elegido el autor para su obra, cuyo principal objeto es cantar las hazañas del tan conocido Roger de Lauria, que con un puñado de intrépidos aragoneses pasó al oriente, donde despues de dos años de continuas victorias y luchas contra los turcos, pereció legando á la posteridad un nombre lleno de gloria, y capaz de escitar el entusiasmo de un alma, que como la del señor Justiniano, se ecsalta á la voz del heroismo.

Los cantos que hemos visto contienen una versificación fácil y correcta; un language castizo y armonioso, y están sembrados de elevados pensamientos y de bellísimas imájenes; pero en lo que mas sobresale nuestro poeta, por su enerjía y viveza, es en la espresion de los sentimientos de patriotismo, de libertad, de independendencia, y de furor guerrero. La entonacion es digna del asunto que se canta, y sin decaer lo mas mínimo cambia de faz y de colorido cuando conviene á los diferentes cuadros que se ponen ante nuestra vista; ora es la voz del trueno, ora el salvaje grito de los combates, ora el murmullo del arroyo que besa las florés de la pradera, y ora, en fin, la queja tierna y lastimosa del alma enamorada; pero siempre se conserva el poeta á la altura del águila caudal, dominando el mundo, y con los ojos fijos en el cielo, donde recibe su inspiracion.

Para prueba de lo que llevamos espuesto véanse las siguientes octavas tomadas del canto primero.

Angeles acudid, y en almo coro
Vuestras arpas pulsad poblando el viento
Y en leves nubes de zafiro y oro
Desplegad vuestras alas á mi acento:
Dejad de esos palacios el tesoro,
Dejad festivos el celeste asiento
Y, al ver el brillo de tan grande hazaña,
Trocad vuestras mansiones por España.

.....

Roger de Flor valiente los caudilla
Por voto de tan bravos campeones,
Y aprestan el venablo y la cuchilla,
Y las naves, volando á otras regiones.
Entusiasmo en sus frentes noble brilla...
De Aragon y Sicilia los pendones
Ceñidos de laurel al aire ondean,
Y cual reyes del mar se enseñorean.

.....

Radiaba el Sol en el cenit triunfante,
Y sin nubes el cielo sonreía,
Y en dulce calma el piélago ondulante
Su inmensa lumbre reflejar se vía;
Del mar con ella la estension brillante
A los nobles guerreros parecia
Que en sus naves, ansiando recogerlas,
Raudal surcaban de lucientes perlas.

.....

Roger contempla con serena frente
En lucha los contrarios elementos,
Y en vez de intimidarse, allá en su mente
Reinan con brillo heróicos pensamientos.
El trueno ronco, de la mar rugiente
Los bramidos, los silvos de los vientos
Piensa que son los cánticos de gloria
Que aplauden de su hueste la victoria.

.....
.....

«Constantinopla es! sús, mis valientes,
A esa ciudad magnífica volemos,

Y en ella alcemos con placer las frentes;
La enseña de Aragon allí ostentemos,
Y en la revuelta lid los florecientes
Laureles de la gloria conquistemos;
Y el poder arrollando del turbante
A la Grecia infeliz veamos triunfante.

«Allá pues! Que la dicha nos espera
Al débil griego protegiendo airados,
Y admire al par de la marcial bandera
Con placer nuestros pechos esforzados:
Si la suerte en las lides nos es fiera
El rigor contrastemos de los hados,
Que es vuestra enseña, pues que sois de España
Antes la muerte que coyunda estraña.

Otros mil trozos de poesia pudiéramos citar si las columnas de nuestro periódico nos lo permitieran; pero ya tendremos tiempo de analizar esta obra con el detenimiento y la estension que requiere esta clase de trabajos, cuando haya sido concluida, y presentada al público el que á su vez la juzgará; nosotros pues concluiremos por hoy dándole el mas cumplido parabien al Sr. Justiniano, y aconsejándole que no desmaye en su empresa, seguro de que si concluye su obra de la misma manera, y con el mismo tino que la ha empezado, al fin de ella habrá escrito
UN POEMA.

J. N. de P.



A MI AMIGO D. JOSÉ NUÑEZ DE PRADO.

Escribiré en tu periódico,
que en escribir soy acérrimo,
y al son de mi ronca cítara
á esos escritores pésimos
les he de tender el látigo,
al mundo causando estrépito.
Tú con leyendas históricas,
sonetos y cantos épicos,
romances, cuentos y epigramas,
derrama fuego magnético
en los corazones cándidos
de suscritores milésimos
que á la AURORA vuelen rápidos
desde el sur al norte Ibérico.
Que yo, del mundo en el piélago
bañaré mi pluma intrépido
para saciarme en la crítica,
que cual un chispazo eléctrico,
ó cual la luz del relámpago,
correrá en alas del céfiro
la escala social muy rápida.
Ni el abogado, ni el médico,
ni el músico, ni el filósofo,
ni los franceses, ni belgicos,
nadie, en fin, se irá con máscara,
aunque se oponga un ejército.
Y aun á los sitios recónditos,
dó quiera con fuego étnico
les he de seguir solícito

como un fantasma colérico.
No olvidaré viejas cócoras,
ni bellas de rostro angélico,
ni las desenvueltas silfides
que del jóven van en séquito.
Mi látigo herirá al cómico,
y hará justicia á su mérito,
mas en la parte dramática
no pongo á mi pluma término,
porque mas que nunca rijida
la guiaré en la escena enérgico.
Dirán que soy una víbora,
que mi pluma tiene arsénico,
y si atienden á mis píldoras
me llamarán farmacéutico.
Yo, en tanto, seguiré impávido,
ora escribiendo patético,
y serio y jocosó é irónico,
y analítico y sintético,
y filosófico y místico,
y alegórico y profético,
y retórico y biógrafo,
y en escribir siempre acérrimo
mis latigazos atónito
dejarán á el suelo hespérico.
Si alguno quiere polémica
se la sostendré yo enérgico,
y en todo seré lacónico
aunque en nada sea poético.

Sebastian Rejano.

LA PERLA DE ANDALUCIA.

Novela [original]

de D. José Nuñez de Prado.

CAPITULO I.

Si este hombre no es el diablo, es
por lo ménos la criatura humana
que mas se le parece.

Alejandro Dumas.



ALLA, alma de Cain, y no blasfemes: vive Dios que no pagabastu maldad con que te arrancaran el corazon y se lo echaran á un lebrél. Ese amor, objeto de tus sarcasmos, es santo como el cariño de los ángeles.

—Pobre niño! deliras! ...

—Si pensar noblemente es delirar, tienes razon.

—Piensas como un demente y hablas como un amante de novela... con mucha rapidez ha crecido ese amor.

—En las tierras fértiles muy pronto nacen y se aseguran las plantas, pero jamás arraigan al través de los mármoles; no juzgues de los demás corazones por el tuyo, porque te engañaras muchas veces.

—Pero, tú, ignoras que los árboles al nacer suele troncharlos el huracan!

—No importa, algunos hay que ni aun se doblan siquiera cuando el viento les embiste.

—Dejémoslo al tiempo; él es padre de los desengaños; puede que algun día despiertes de tu letargo, y entonces... ya será tarde... Esa muger por quien deliras tal vez te olvidará mañana.

—Y bien, aun entonces la amaré. La primera muger, la mas perfecta de cuantas han nacido, le faltó á su Dios que la habia sacado del no ser á la luz del paraíso, y la habia hecho poseedora de la felicidad eterna; así, ¿qué extraño fuera que esa mujer me faltase á mí, que solo le he dado un corazón y nada mas?

—Y cuando la veas en brazos de otro, la amarás tambien?

—Calla, demonio en figura humana! Entonces me mataré.

—Pues vé preparando las pistolas ó acercándote al río que te ha de dar por pasto á sus peces. Tú, no tienes nada, eres un infeliz, solo posees una cabeza llena de ilusiones y de fantasmas dorados que te arrastran á un precipicio. A las mujeres les gusta lucir galas, y ser admiradas por su lujo do quiera que se presenten; y, tú, no tienes flores de oro con que adorar los cabellos de esa hermosa, ni perlas con que ceñir su garganta. Mañana podrá deslumbrarla la pompa de un doncel poderoso que le ofrezca todo lo que á tí te falta, y tu amor... será el ludibrio de las gentes.

—Quién te inspira esas palabras desgarradoras que llegan hasta el fondo de mi corazón? ¡Oh! si no eres el diablo, él te está diciendo al oído las palabras que ha de pronunciar tu labio. No; mi adorada Maria no me olvidará nunca: ella es un ángel y los ángeles no son ingratos.

—Luzbel lo fué.

—Si, pero era porque tenia un alma muy parecida á la tuya. Vosotros os mofais del amor porque no lo comprendéis, porque en la eterna noche de vuestros pechos mezquinos no ha penetrado jamás esa luz santa y bienechora, ese fuego divino, que es la herencia mas preciosa que Dios legó á los hombres. Vosotros, los que antes de mirar los ojos de una hermosa tomáis la pluma y sumáis sus riquezas; vosotros, no podeis juzgar del amor porque lo confundís con el interés y la avaricia; vosotros, los que solo llegáis á las mugeres como el huracán á las flores para ajarlas; vosotros tampoco podeis juzgar del amor porque confundís lo santo con lo profano, lo bello con lo horrible, y la moralidad con el escándalo y el libertinage. Pero sois muy presuntuosos y lo que no comprendéis concluís diciendo que no existe; y al contemplar dos corazones que se aman con delirio, que los

sentimientos del uno son los ecos de los sentimientos del otro, que viven enlazados por una fuerza dulce é irresistible, y que solo piensan en adorarse eternamente en su arrobamiento delicioso, soltais una mofadora carcajada, y prorumpis con sarcasmo: ¡«amores de novelas!» ¡«amores imposibles!» ¡Oh! les llamais «amores de novelas» porque son puros y verdaderos como nunca los han sentido vuestras almas corrompidas, y les llamais tambien «amores imposibles, porque no los guia el mezquino interes. (Se continuará.)

MODAS.

Nuestras amables suscriptoras no echaran por cierto de ménos en las variadas columnas de nuestra AURORA, los usos de la moda; ese capricho seductor que todo lo domina, desde la mas sencilla aldeana hasta la mas encofetada señorita del buen tono; para esto no hemos omitido diligencia alguna, y no solo contamos con los periódicos de la corte, sino con los que mas crédito obtienen en el emporio de la Moda, Paris. De paso vamos á dar cuenta de lo mas interesante que contiene EL BUEN TONO.

TRAGE DE SEÑORAS.

Corpiño de satin con corsé á la Isabela y con basquiñas, largas mangas con adornos de mosqueterias. Capricho de terciopelo guarnecido de punto de España, sombrerillo tambien de terciopelo azul turqui con una pluma grande mezclada con otras mas pequeñas, y botines de satin.

Trage de damasco azul de Francia, cachemiras de la India color naranja, con grandes palmas arabescas. Sombrerillo de terciopelo blanco con dos lazos de camelia de Constantina, y botines con taloncitos de satin

TOALET para medio NEGLIGE. Corpiño con guarniciones de botones de oro. Chalinas de merino y satin verde y capotito de satin negro, con vueltas de satin rosa.

TOALET DE SOARE Trage de tafetan de Italia rosa, con tres volantes grandes sostenidos por una rosa con su ramaje: guirnalda formando pabellones de rosas, adornados de topacio; peinado de medallon: ramillete: traje de gasa con tres volantes festonados; adornos de acero completos: traje de damasco: azul de cielo, abriéndose sobre un jubon de damasco blanco con vueltas de punta de Alenzon: zapatos de satin blanco y guante largo por encima de la muñeca, adornados con puntillas de plata: abanico de esmalte celeste.

A LA MUERTE DE LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION BARBA,

¿No viste ayer la rosa que lozana,
Símbolo de la dulce primavera,
Descollaba graciosa en la pradera
Entreabriendo su córola temprana?
¿No la viste gallarda en la mañana
Mecer su tallo cual gentil palmera
Al arrullo del aura placentera,
Y al puro albor de púrpura y de grana?
¿Sentiste su fragancia y donosura,
Del verde cáliz el suave aroma,
Que aspirarlo no mas fuera ventura
Cuando el carro del sol luciente asoma?
Esa delicia del verjel preciada
Yace entre el polvo mustia y deshojada.

J. E. de S.

TEATROS.

—Tenemos la mayor complacencia en manifestar á nuestros suscritores que una de las tareas de que pensamos ocuparnos es de la crítica cesuda y razonada de los diferentes teatros públicos de esta ciudad, y de paso ofreciendo llenar algunas columnas con los resultados que ofrezcan las representaciones de la Sociedad dramática, situada frente al Correo, no podemos menos de consignar aquí una muestra del entusiasmo que nos ha causado la ejecución en el referido teatro de «Guzman el Bueno» «Los Validos» y «La vuelta del Granadero» en las cuales la jóven señorita Pizarro, la señorita Mercier, y los señores Barea y Olmedo, y demas aficionados demostraron sus grandes disposiciones, y algunos su maestria. Mucho nos complacieron estos aplicados jóvenes, así como la sociedad que sostiene este teatro con la mayor brillantez y comodidad de los concurrentes. Sabemos que están preparando una seccion filarmónica para aumentar el esplendor de estas reuniones y á su frente se encuentran los señores Sanz y Franco, bien conocidos en esta ciudad por su talento lírico.

—Hemos presenciado la lección inaugural con que se anunció el señor Cubí en el Teatro Principal, y sin entrar aun en materia sobre el reconocido mérito de este sabio frenólogo español, podemos asegurar que el público salió contentísimo de su discurso.

—Se está ensayando para poner en escena á la mayor brevedad el drama orijinal en cinco actos y en verso, produccion de nuestro jóven colaborador D. José Nuñez de Prado, que se intitula: «Don Sancho el Bravo.»

Sevilla 1846.—Establecimiento tipográfico de la Union Andaluza, c. de las Serpes n. 4, á cargo de D. Lázaro Estruch.